





Y ME LLEVÓ EL VIENTO





# Y ME LLEVÓ EL VIENTO

*Sola alrededor del Mundo (1973)*

Anne-France Dautheville







## DEDICATORIA

*Si por casualidad alguien cree reconocerse en este libro, que esté tranquilo. No se trata de él.*

*LA AUTORA*





## PREFACIO a la edición española

LA MEMORIA ES ALGO BASTANTE RARO. No soy capaz de encontrar las llaves del garaje, las he guardado ayer pero ¿dónde? Hace cuarenta y seis años rodaba con mi moto, reía, disfrutaba de los paisajes, de las amistades del momento, del asombro constante, de las maravillas continuas. Hojeo el cuaderno en el que anoté mis etapas, solamente anoté eso; miro el mapa de carreteras que me dirigía bajo el plástico de mi bolsa sobredepósito y regresan los árboles, las piedras, las ciudades y los ríos. Las caras de los amigos casuales se han borrado, no soy capaz de retenerlas, pero sus voces, sus gestos, siguen aquí. Mi viaje está grabado en mis manos que sujetaban el manillar, en mis ojos que vigilaban la carretera y el retrovisor, en mi estómago que disfrutaba de sabores desconocidos. Pero sobre todo en mi corazón. No el de la apasionada, ese lo reservé para el regreso, sino el de la humana que conoció a otros humanos. Sombreros vaqueros, turbantes, velos o gorras, me fascinaban porque a través de nuestras enormes diferencias nos asombraba el estar juntos a pesar de todo. Creo que si tuviéramos que establecer una escala

de cosas imposibles, una parisina sola en una moto minúscula en mitad de Afganistán se llevaría la palma. Pero tipos enormes como armarios roperos, morenos y tocados con un turbante que dejan irse la caravana por tomarse el tiempo de fumar un Gauloise azul con ella, esos tienen el derecho a ostentar el récord de humanidad en todas las categorías.

Cuando volví a casa, mi educación burguesa y protestante había estallado en mil pedazos. Fue reemplazada por el respeto a esta tierra magnífica que después se ha vuelto tan frágil, por estos hombres y mujeres que al borde de la carretera me ofrecían lo mejor de ellos mismos: su curiosidad y su risa. Con respecto a lo malo, también existe, por todas partes, cada país impone sus reglas del juego. Cuando se respetan –qué palabra tan importante– el viaje es una fiesta perpetua. ¡Y si parecen demasiado agresivas uno se va a otro lado, sencillamente!

Hace cuarenta y seis años la carretera de la India estaba desierta. Hoy está cerrada, condenada por la locura del hombre. Hace cuarenta y seis años no tenía derecho a rodar por Rusia, Turkmenistán, Siberia; países que todavía me hacen soñar. Hoy viajamos a pie, en moto, a caballo. La libertad ha seguido al calentamiento climático: como la temperatura, la libertad ha subido hacia el norte. Así va el mundo, así son los tiempos. Sobre mi moto yo era feliz. Allá donde vayáis os deseo la misma felicidad.

ANNE-FRANCE DAUTHEVILLE  
Saint-Cyr sur Morin, octubre de 2019

## PREFACIO a la edición francesa

Dos veces y unos veinte años después.

HE ESCRITO ESTE LIBRO hace cuarenta y cinco años. Otro cuerpo, otra cabeza, otro mundo... Sin la existencia de ciertos rumores ¿habría podido dar la vuelta al mundo? Cada vez que se ha intentado hacerme mal, se me han abierto horizontes magníficos, aquellos en los que no habría pensado jamás. Un año antes, en 1972, había participado en el primer raid Orión; noventa y dos motos partieron hacia Ispahan, en Irán; yo pilotaba una gran Guzzi de 750 cc y era la única mujer sola al manillar... otras eran pasajeras, una cosa que siempre me ha horrorizado.

Según la opinión general iba a hacerme violar, asesinar, etc., etc. Me daba igual. Yo igualmente me fui: mi vida me ahogaba lenta e inexorablemente. ¡Me abandoné a morir al menos de esta exótica manera! Trabajaba de redactora y diseñadora en una agencia de publicidad, me ganaba la vida cómodamente y no podía despertarme por la noche al lado de un nuevo amor porque mi subconsciente tenía que encontrar el eje de la campaña para las galletas Fulani-

to o las pantuflas Menganito. Porque era muy feliz durante mi mes de vacaciones en moto a lo largo de las bonitas carreteras de Francia, porque los once meses restantes yo estaba contenta también, pero no todos los días, porque a la hora de mi muerte me daría cuanta que había sacrificado la onceava parte de mi existencia a cambio de algunos ceros en un cheque a fin de mes; por todo ello, cuando noventa y dos motos partieron hacia Oriente, yo las seguí a pesar del miedo. Setenta y nueve llegaron al objetivo, once continuaron hacia Afganistán, yo las seguí; cuatro hacia Pakistán, yo las seguí.

Después, regresé. Todo el mundo hablaba de mí, un editor me abrió sus puertas y escribí mi primer libro, *Une demoiselle sur une moto*. Pero como yo no tenía con qué pagar el alquiler me refugié en la casa de campo de mis padres. Los cotilleos devastadores durante este exilio, mi cólera, pueden descubrirlos leyendo el primer capítulo. Anuncié públicamente que iba a dar la vuelta al mundo y que iba a hacerlo constar ante notario. ¡Dios bendijo el rosado de la comida de aquel día! Yo lo hice, yo di la vuelta al mundo. He traspasado todas las puertas, me he reído con desconocidos, he disfrutado de dudosos manjares, he sido feliz. Pero no he entendido nada. Como buena Aries, embisto al principio y luego, a veces, reflexiono.

Entre los malos títulos que había previsto para este relato estaba: *Mírame, existo*. Resumía el lugar que este viaje ocupaba en mi conciencia: había vivido en él mi adolescencia ¡con 29 años bien cumplidos! Mi padre nació en 1910, mi madre dos años más tarde. Me criaron como

les criaron a ellos, es decir, en la buena Fe, fabricando su clon, una niña buena protestante, disciplinada, virtuosa, modesta, obediente y principalmente persuadida de la infinita inferioridad de otros pueblos, sobre todo de aquellos cuya piel es morena u oscura. Resumiendo, los negros son prácticamente antropófagos, los árabes traidores, los norteamericanos niños grandes, ¡los portugueses son *gueses* y los españoles *ñoles*! Esto no funciona así. Mis padres siguieron queriéndome, por supuesto, pero ellos tampoco entendían nada: si en una misma familia, de una generación a otra, no teníamos el mismo alfabeto frente a la vida, ¿qué se puede esperar entonces de un país a otro?...

Mis viajes me han permitido vivir la espontaneidad de los adolescentes junto a lo maravilloso de los niños que, delante de la diferencia absoluta, reconocen las semejanzas, aprendí a comunicarme por las raíces, rodeando, salvando las culturas que nos separan y dirigiéndome al corazón, que es lo universal. Cada vez nos hemos aceptado como éramos y con buen humor.

En 1981, el gobierno de Mitterrand estableció la libreta de cambio: el dinero se quedaba en Francia a excepción de 5 000 francos al año que podías cambiar en moneda extranjera para viajar. Guardé mi moto, colaboré en un montón de revistas como columnista y escribí algunas novelas. En lugar de ir a ver a un psicoanalista que me habría exprimido el dinero volviéndome más infeliz, gané mi sustento y sentí la felicidad de explorar la vida a través de aquellas otras vidas que inventaba. A lo largo de los años puse mi vida en orden, es decir, transformé violencia en fuerza, aprendí a

localizar lo que me complementa en lugar de focalizarme sobre lo que me excluye, y después lo dejé: el medio literario es cruel a veces, me sentía cada vez más afectada, el rencor amenazaba con acartonarme la conciencia. Vivo en el campo, trabajo en mi jardín y empecé a escribir libros sobre plantas; después de estar centrada y en orden conmigo misma gracias a las flores, las hojas y las ramas creo que he hecho bastantes cosas por este mundo.

Una bonita mañana me encontré un email en el ordenador y todo se tambaleó. Claire Waight Keller, la estilista de la casa Chloé, se estaba inspirando en mi indumentaria de la vuelta al mundo para su colección otoño-invierno 2016-2017, si hay un mundo que he evitado siempre es el de la moda y la belleza, el de hermosas mujeres celosas y niñas pijas de uñas perfectas. Nos encontramos tal y como me había encontrado con las gentes de mis andanzas, gracias a nuestras semejanzas; descubrí que nuestros enfoques eran parecidos: percibimos en el inconsciente colectivo un sueño y le dimos una forma. Ella diseña un vestido, yo escribo un libro. El público es atraído por nuestra propuesta, el éxito depende de su aceptación. Si el público no reconoce su deseo, lo mismo nos da.

Mi vuelta al mundo, despertada por la moda, ha suscitado el interés de un regimiento de periodistas, en Japón, Italia, Estados Unidos, Corea del Sur. Nunca Chloé había tenido tanta prensa para ninguna de sus colecciones. La historia sobrepasa, de lejos, el marco de los oropeles vacuos por muy bellos que sean. Claire Waight, sacándome del olvido, ha puesto el dedo en el deseo profundo de nues-

tra sociedad que no puede más con el odio, la violencia, el racismo y el desprecio. Mi vuelta al mundo habla de países donde la vida era a veces dura e injusta, pero la diferencia no era un rechazo, al contrario: la curiosidad mandaba; las puertas se abrían delante de quien les preguntaba con respeto. Mujer joven y sola, fui acogida, respetada, a pesar de que nueve veces de cada diez yo me comportara exactamente al revés de lo que dictaba la buena educación del lugar. Era una forastera divertida, sorprendida, cada uno era el espejo indulgente del otro.

Los monstruos enseñan cada vez más sus colmillos ensangrentados, habrá momentos oscuros, los superaremos, en nuestras memorias vivirá la certidumbre una vez que los odios se expíen, sabremos cómo vivir de pie, juntos. Esto se llama germen y nadie puede arrancarlo. Yo estoy viva, llevo en mí la marca de una sociedad cálida y feliz, que vive en sí misma, a su manera, sin juzgar lo que es el vecino. Esto es posible porque ya ha existido.







## LIBRO UNO



## 1. De cómo la heroína, furiosa, decide dar la vuelta al mundo

CREO QUE AHORA, sobre todo, tengo ganas de callarme. De escuchar a Mozart, de acariciar a mis gatos y de callarme.

Durante cuatro meses he tenido la cabeza llena de cosas, tantas, que no consigo llegar a distinguirlas.

En el fondo es idiota dar la vuelta al mundo. Es idiota y, si me apuras, es peligroso. Idiota porque he visto demasiadas cosas demasiado deprisa, lo he tocado todo y, seguramente, no he comprendido nada.

Peligroso, creo, porque atravesar todos estos países como yo lo he hecho, es vivirlos en un paroxismo de percepciones y reacciones. Un viaje pasional que me ha sacudido.

La mejor prueba de ello es que he regresado sin ninguna rebeldía.

El año anterior había vivido mi primer contacto con Oriente. Había descubierto la lucha animal del más fuerte contra el más débil, porque ante todo hay que comer. Había visto una chiquilla encantadora mendigar en Kandahar, hombres torturar a un perro en plena calle en Meshed, había visto lo que cualquier turista podría ver si abriera los ojos. Cuando después de dos meses de tanta carretera volví a París, la gente se manifestaba en la calle para pedir una quinta semana de vacaciones.

Era tan irrisorio.

Me hizo falta esforzarme, conscientemente, para volver a mi modo de vida, mi país, mi casta. Las revueltas aisladas me han parecido siempre estériles. Se hace la revolución o nos acomodamos. Es lo que yo he hecho.

Este año no me he acomodado. Ni siquiera he tenido necesidad de resignarme: me he vuelto pasiva.

Durante cuatro meses he visto demasiado.

Y estaba sola.

Pero más vale retomar las cosas desde el principio. Lo que prueba que siempre se debe desconfiar de la gente que dice que quiere callarse. Sobre todo cuando osan empezar cuatrocientas y pico páginas de palabrería.



En cuanto me entero de la noticia, voy directamente a ver a Tom. Se encontraba en la sala de redacción con algunos compañeros. Yo estaba tan furiosa que ni siquiera los saludé.

–Tom, tú sabes como he viajado el año pasado.

–Mmm... ¡En la Guzzi!

–¡En camión! ¿Tú lo sabías?

–Vamos, tranquilízate...

Yo estaba en tal estado de nervios que daba patadas a los archivadores, a los sillones, a las mesas.

–¡En camión! ¡Yo! (¡Plaf! en un mueble), ¡veinte mil kilómetros en camión! (¡Plaf! golpe en una silla que sale volando).

–¿De dónde sacas todo eso?

–Acabo de enterarme. Un periodista. ¡Y es la primera vez que me veía, el colega! ¡Y encima tengo que estar contenta de que me haya recibido después de todo lo que ha tenido que escuchar sobre mí! ¡Me paso dos meses con el culo encima de la Guzzi y mientras tanto mis coleguitas del curro me van creando mala fama! ¡Qué cabrones que sois algunos periodistas!

–No hace falta que te pongas así, ya está hecho. Bien sabemos que has hecho el viaje en la moto.

–Lo dices porque tú lo sabes, ahora nadie me presta una moto para volverme a ir, no es por casualidad. ¡Un golpe bajo! ¡Una mentira! ¡Viajar yo en camión! ¿Lo has oído contar tú?

–Pues no –dice, demasiado amablemente como para ser verdad.

Los demás tienen pinta de estar molestos, como los tíos que no se quieren reír delante de un cornudo. Mientras, el archivador cae fulminado de un taconazo.

–De todas formas ¿qué puedes hacer?

–¡Me voy sola! ¡En una 125!... ¡Y me voy a Alaska! ¡Y lo voy a hacer constar con la policía y ante notario!

Hay ciertas cosas que es mejor no afirmar en una sala de redacción delante de ocho periodistas en plena forma, a menos que vayas a llevarlas a cabo. Incluso aunque estas cosas tengan la pinta de haberlas soltado durante un delirio etílico.

Tom me dio un besazo, me invitó a tres partidas de pinball para calmarme y se marchó: un buen pésame, pero desganado.

Y así fue como salí hacia Alaska. Por cierto, hacía tiempo que deseaba ir.

Primer problema: encontrar una moto. He heredado una Kawasaki, preciosa, toda amarilla. Se llama *Gas*, muy poético. Rápidamente se ha convertido en *la bestia*, *la vaca*, *la reluciente* o *el cacharro*, dependiendo de los múltiples aspectos de su personalidad. Esta delicadeza mecánica ha sido concebida para ir y venir de la plaza de l'Étoile a la Concordia y de la Concordia a la plaza de l'Étoile durante 10 000 km. Después se la tiraba en un desguace entre los restos de chatarra de sus hermanas de 125 cc. Esta era, al menos, la moto que yo pretendía llevar en ese momento en que los rumores públicos se limitaban a mis viajes «en camión». Así que sin tener ni idea de mecánica pensé:

en un motor monocilíndrico de dos tiempos (sé que eso significa que solo hay un tubo de escape) hay una caja de cambios. Y solo Dios sabe dónde hay un embrague y un pistón. Y unos cuantos *zakouskis*<sup>1</sup> eléctricos para dar buena impresión. Como apenas hay nada en el motor, apenas hay cosas que se puedan romper. Por tanto, tiene que aguantar.

Aún así voy a Motorelais. Es un taller en el que el cliente puede trabajar. Uno alquila las herramientas y se pringa de aceite mientras es aconsejado por especialistas que permanecen con las manos limpias. Llorando un poco al final siempre conseguía que los demás se pringarán con la grasa mientras yo mantenía mis uñas casi intactas. En cuanto lloré un poco inmediatamente conseguí que me instalaran un magnífico portaequipajes y dos maletas rígidas Eurec para mis vestiditos. Maletas de las que llevan cerradura con llave para desalentar a los cleptómanos tanto de día como de noche.

–Dime, ¿y el motor?

–¿Qué pasa con el motor? –me pregunta Motorelais arqueando una ceja.

–Quizá habría que prepararlo, yo no tengo ni idea...

–A ver, tranquilízate. ¡Tu motor va a aguantar! No hay nada dentro, nada puede romperse.

–¿Eres telépata?

---

<sup>1</sup> *Aperitivos típicos de la cocina rusa y polaca. En el argot periodístico se usa el término zakouski para definir los breves artículos de las primeras páginas de una revista para atraer al lector. (N. del T.)*

La otra ceja de Motorelais comienza a ascender... y el motor se queda tal y como fue creado en la fábrica.



Greg y Géraldine pasaron por casualidad. A ochenta kilómetros de París y por un camino vecinal. Les adoro.

–¿Es verdad que te vas?

–¡Por supuesto!

–¿Y te vas de verdad a Canadá?

–Tengo ganas de ver árboles.

Aprovecho para contarles el asunto del viaje en camión. No tienen pinta de estar muy sorprendidos.

–Pero dime, ¿qué vas a hacer cuando te caigas? –me pregunta Greg, socarrón como un aduanero.

Durante el primer raid Orión cada vez que me iba de bruces con mi enorme Guzzi él estaba allí por casualidad. Tuvo tan mala idea que me bautizó como «*una verdadera tumbadora*<sup>2</sup>». Hay que decir que era amigo mío.

–Puedes decir lo que quieras pero este año no me caigo antes de recorrer mil kilómetros de marcador.

---

<sup>2</sup> *Juego de palabras intraducible, en el original: «une vraie tombeuse», tombeuse significa seductora mientras que el verbo tomber significa caer. (N.del T.)*



—¿Apostamos?

—¡Apostamos!

Era una broma fina y delicada que éramos los únicos capaces de apreciar. El año anterior yo había destrozado un mojón kilométrico embistiéndole de un golpe con la moto, en el monte Cenis, a ochocientos kilómetros de París. Pero ahora todo el mundo había apostado que me caería a quinientos kilómetros de partir.



Quedaba un problema aún más importante que todos los motores del mundo: los dólares. Yo tenía bastante dinero para salir. Pero si alguien quería pagar en mi lugar estaba dispuesta a todo tipo de patrocinio. Dentro de los límites de la decencia, la moralidad y demás ¡evidentemente! En ese momento el cielo me envió a... bueno, llamémosle Gabriel. Gabriel es un hombre guapo, de unos treinta y cinco años. Alto, delgado, moreno, nariz grande, ojos grandes y además con acento del sur, con pantalones vaqueros a juego con la camisa. La lleva abierta sobre un torso bronceado lo justo, como tiene que ser, y en medio del torso una medalla. Casi lo olvido: mocasines blancos. Cuando uno se deja caer en la terraza del Belle Ferronnière aparecen dieciocho como él.

—¡Qué chulo lo que haces! ¡Te voy a echar un cable!

–Eres muy amable.

Dos horas después me recibe el director de una emisora de radio que me escuchó con paciencia infinita. Después de lo cual me explica, muy amablemente por cierto, que en estos días todo el mundo va a Alaska en moto. No era con eso con lo que yo iba a impresionar al mundo de la información. Así que no me iba a dar dinero. Pero, sin embargo, iba a intentarlo, etc., etc. Dos días después me recibe el director de un gran periódico, me explica que en estos días todo el mundo iba a Alaska en moto, etc., etc. No hay dinero.

Mi Gabriel, que parece no desanimarse por nada, seguía *montándome el negocio*, como él decía.

–Bueno, verás, cuando estés en ruta me envías los minicassetes, me cuentas todo. He dicho todo. A la vuelta ¡ahí está! llegas y escribes artículos para *Lui*, *Marie Claire*, *Elle*, *Le Monde*, *Le Figaro*, en todos lados. Yo te coloco los artículos. Conozco a mucha gente.

Le escuchaba como quien escucha una sinfonía. Era bonito lo que me contaba. Blancanieves junto a su príncipe azul ¡qué divertido! Con todo el dinero que iba a ganar gracias a él sería por siempre hermosa, amable y amada. Como él sentía que me subyugaba, porque además de sus contactos tenía intuición el muy bribón, se confió. Se confió en que nos convertiríamos en buenos compañeros. «Porque si uno no se divierte mientras se lo curra, no merece la pena molestarse. No serviría de nada.» Incluso me iba a invitar a un refresco de vez en cuando. En el Belle Ferronnière precisamente.

–¿Sabes? yo estoy a favor de la libertad.